

Paul De Man: la ciencia resistida

✉ VICENTE TUSET MAYORAL / Universidad Nacional de Rosario – CONICET / vtuset@gmail.com

Resumen

La resistencia a la teoría no es tan sólo, o únicamente, efecto de las políticas académicas o de los juegos del poder, sino la modalidad más específica que la teoría literaria se ha brindado a sí misma, ejercitándose en su auto-deconstrucción. Caracterizada de ese modo, la teoría se sitúa entonces en oposición frontal al conjunto de los saberes lógico-formales, que parecen dedicar sus mayores esfuerzos a la consecución de un lenguaje transparente, sin resistencias. La soledad estridente en que esto la confina, lleva a dudar de sí, vociferando lo que nadie parece estar interesado en escuchar, los teóricos literarios seremos locos o profetas. Tratar de aclarar esta disyuntiva significa, entonces, arrojar luz sobre esa situación interlocutiva, entender a quién le hablamos y, sobre todo, qué estamos diciendo que sea comprensible para los demás. Esa tarea de dilucidación es el propósito de este trabajo. Entendiendo que la cuestión de la resistencia actúa como el clivaje en torno al cual se organiza toda esta escena, centraremos nuestra atención en uno de sus teóricos más conspicuos y conscientes: el crítico belga Paul de Man.

Palabras clave: resistencia a la teoría • teoría literaria • crítica literaria • Paul de Man

Abstract

Resistance to theory is not only the effect of academic politics or power games, but also the most specific practice that literary theory has given itself, as a way of self-deconstruction. Characterized as such, literary theory radically confronts with the whole of formal-based sciences, which seem mainly devoted to the achievement of a directly referential language, with no resistance at all. The strident solitude in which this confines literary theory, arguing on topics no one seems too eager to discuss, may lead to doubt if literary theorists should be considered a bunch of fools or of prophets. Clarifying this dilemma means then shedding light on this interlocutive situation, understanding who we are talking to and, above all, how much of what we are saying may be profitable to other professionals. This task of elucidation is the purpose of this paper. On the understanding that resistance acts as the cleavage around which this whole scene is organized, we will focus our attention on one of its most conspicuous and conscious theorists: the Belgian critic Paul De Man.

Key words: resistance to theory • literary theory • literary criticism • Paul De Man

Toda la historia de la poesía moderna es un comentario continuo al breve texto de la filosofía: todo arte debe devenir ciencia y toda ciencia arte. La poesía y la filosofía deben estar unidas.

FREDERICH SCHLEGEL, *Fragmentos críticos*.

Fecha de recepción:

1/12/2016

Fecha de aceptación:

30/3/2017

I.

En cierta ocasión, el filósofo francés Jean-Claude Milner sostuvo, con absoluta seriedad, que «en Saussure no hay, estrictamente hablando, ninguna teoría del signo» (25), y que «Saussure no se pregunta qué es un signo» (25). La sorpresa que pueden causar estas declaraciones es tan sólo relativa y se apacigua fácilmente si se siguen los argumentos de Milner. El proyecto científico de Saussure, nos explica, depende de una epistemología minimalista para la cual la empresa del conocimiento funciona mejor cuanto menor sea el número de axiomas del que partimos y menor también el número de conceptos primitivos que estos axiomas invoquen. Conceptos primitivos, es decir, conceptos que no se definen, que se reputan autoevidentes para tener algún punto del que poder arrancar. El signo, según la lectura de Milner, es uno de esos conceptos —el único al que recurre Saussure, quizás—, y en un universo como el de la *langue*, organizado en puras diferencias, esa arbitraria, inmotivada y finalmente, por qué no decirlo, misteriosa «unión del significante y el significado», sobresale como un momento de positividad fuerte e irreductible, exterior a la teoría, inexplicable desde sus propios parámetros y necesaria, a la vez, para que estos funcionen de un modo inteligible.

Esta situación, que posee indudables réditos filosóficos, está lejos de afectar sólo a la lingüística o a sus objetos. La aritmética, por poner otro ejemplo mayor, no contempla, estrictamente hablando, una «teoría del número» en el sentido en que venimos refiriéndonos a ello. Giuseppe Peano —cuyo impulso epistemológico puede emparentarse fácilmente con el de Saussure—¹ introduce en su axiomática una argucia semejante a la del signo denominada «función sucesor», su segundo axioma, según el cual, cualquier número puede obtenerse sumando uno a su antecedente. Nada más: $x + 1$. Así dice esa expeditiva función y así se esquivo o se rodea el misterio de las diferencias de cantidad que, equivocadamente, habríamos tomado por el meollo mismo de la aritmética: sumando uno. La disciplina puede entonces desplegarse como el resultado no de la exploración de esas diferencias de cantidad sino de su asunción como una situación de hecho: los números, su sucesión, son los conceptos primitivos de la aritmética, que nada sustancial dice de ellos.

A partir de ahí, es fácil entender cómo se generaliza el argumento, pensar en una física que no define la fuerza, sino que la postula; en una química que cree en la sustancia como cosa probada —probada por la química, por supuesto—: la circularidad es la figura de este problema que en términos conceptuales —habrá ocasión de insistir en ello— es, como se insinúa aquí, un problema de fe.

Este tipo de empresas de conocimiento —así las hemos denominado ya—, de compromisos epistemológicos, podríamos decir ahora en otros términos, conviven, en un sentido que generalmente puede extenderse hasta lo edilicio, con

esfuerzos tendientes a explorar esas mismas definiciones escamoteadas, esos conceptos primitivos, en una dirección que, por un lado, tiende a disolverse en la filosofía, y por el otro, a friccionar, a colisionar incluso, con la política académica que organiza el vasto horizonte del saber en facultades y departamentos. Son lo que se suele denominar las ramas «fundamentales» de las ciencias. Y su convivencia con las demás es, como vemos, conflictiva pero, a la vez, efectiva.

En este contexto, la literatura nos proporciona un ejemplo a contrario casi fabuloso. Los esfuerzos teóricos que la han acompañado durante una modernidad que muy bien podría inaugurarse con la aparición de ese mismo término, «literatura», se han visto acuciados irremediabilmente por la urgente necesidad de encontrarle una definición. No pasemos por este punto demasiado deprisa: son simultáneas, con absoluto rigor, la necesidad sentida de acuñar un término nuevo —o, desde el reverso, la percepción de un vacío en el sistema de los conceptos— y la imposibilidad de atribuirle una definición estable y satisfactoria, un límite preciso a ese vacío. Lo embarazoso de esta situación —sentir que se precisa un nombre y no saber para qué— recorta el *pathos* exacto en el que se sitúan los esfuerzos más consecuentes empeñados en teorizar lo literario, aquello que los distingue y los particulariza frente a otras perspectivas. Si retomamos la ocurrencia antes sugerida de caracterizar e incluso clasificar las empresas de conocimiento según diferentes «actos de fe», la ciencia literaria, marcada a fuego por esa «percepción de un vacío» que recién nombramos, ocuparía entonces el extraño lugar de una religión atea.

Se comprende así que quienes nos formamos y ejercitamos en el territorio de la teoría literaria tengamos siempre a flor de labios la acusación de idolatría para toda otra forma de religión laica, incluidas las demás ciencias que, por supuesto, no se someten a los rigores trapenses que son honra y prez de nuestra —escúchese bien la palabra— disciplina. Los ejemplos que hemos desarrollado al comienzo, inspirados en la lingüística y en la aritmética, no estaban destinados, en fin, a develar ningún matiz poco advertido de las mismas, sino a subrayar la naturalidad con la que, entre nosotros —más aún, incluso, que entre los filósofos, por ejemplo— la sola mención de «conceptos primitivos» suena ya a claudicación.

Pero, parece necesario preguntarlo, ¿claudicación frente a qué o frente a quién? El enemigo fantasmático de esta contienda, claro está, ha ido transformándose según la coyuntura, pudiendo ser la historia, la lógica o la lingüística y, en general, el lenguaje de cualquier ciencia; en la medida en que éste se sostiene siempre en algún grado de ilusión referencial, de detención de la metáfora, esto es, de concepto primitivo. El enemigo de la teoría literaria en fin, es omnímodo y omnipresente, diríase que invencible: exhibe todo los rasgos del enemigo interior. De ahí que, por lo menos en ese sentido, la resistencia a la teoría en este caso no sea tan sólo o únicamente efecto de las políticas académicas o de los juegos del poder, sino la modalidad más específica que la teoría literaria se ha brindado a sí misma. Todo esto, claro está, nos deja en una situación bastante particular dentro del orden de los saberes —en una soledad estridente, diríamos—, vociferando lo

que nadie parece estar interesado en escuchar y, en consecuencia, dudando de si seremos locos o profetas. Tratar de aclarar esta disyuntiva significará, entonces, arrojar luz sobre esa situación interlocutiva, entender a quién le hablamos y, sobre todo, qué estamos diciendo que sea comprensible para los demás. Eso es, ni más ni menos, lo que nos proponemos hacer aquí; y como el asunto de la resistencia parece ser el clivaje en torno al cual se organiza toda esta situación, dedicaremos las páginas que siguen a uno de sus teóricos más conspicuos y conscientes: el crítico belga Paul De Man.

II.

Una de las características más salientes de la obra de Paul De Man es la persuasiva eficacia con la que transforma la resistencia, más allá de lo conceptual, en un rasgo esencial y definitorio de la función crítica; en una determinante que afecta todas las facetas de ese proceso. Autor de ensayos, antes que de libros, organizados en torno a unos pocos problemas, De Man llega a asumir a menudo y de modo explícito una retórica del fracaso —contracara del éxito de la resistencia— cuyo objetivo no es, por supuesto, granjearse la benevolencia del auditorio, sino aclarar los efectos esperables de su trabajo. Así, por ejemplo, ocurre en el prefacio de *Allegories of Reading*, en el que De Man asegura que el proyecto «empezó como un estudio histórico y terminó por ser una teoría de la lectura» (1979:ix):

Empecé leyendo seriamente a Rousseau como preparación para una reflexión histórica sobre el Romanticismo y me vi incapaz de ir más allá de algunas dificultades locales de interpretación. Para tratar de lidiar con eso, tuve que pasar de una definición histórica a la problemática de la lectura.²

La situación se repite en otro de sus textos más emblemáticos, «The Resistance to Theory», fallido intento de contribuir al volumen colectivo *Introduction to Scholarship in Modern Languages and Literatures*, y adquiere entonces ribetes programáticos. Se le solicitaba un panorama sucinto de la actualidad de la teoría literaria, sus tendencias y problemáticas presentes —en 1982—, sus destinos avizorables. «Encontré difícil alcanzar, con un mínimo de buena fe, los requisitos de ese programa, y lo único que logré fue tratar de explicar, del modo más conciso posible, por qué el principal interés teórico de la teoría literaria consiste en la imposibilidad de su definición» (1986:3).³ No es sólo, como nos recuerda el propio De Man a propósito de Benjamin, que la tarea y su fracaso coincidan en el orden práctico,⁴ sino que, en la literatura, es esa coincidencia la que señala el espacio del acontecimiento teórico. «Los buenos lectores son a menudo escritores parcos y en el presente estado de los estudios literarios eso no es sino para bien»⁵ (1986:24), considera.

La cita precedente pertenece a otro trabajo de 1982, aparecido en el *Times Literary Supplement* y titulado, con clara voluntad polémica, «The Return to Philology». Lo que en él se alude cuando se habla del «presente estado de los estudios

literarios» es una escena caracterizada por la ansiedad y el pánico moral. De Man toma como emblema de esa situación un incendiario artículo del profesor de Harvard Walter Jackson Bate, para quien las humanidades se encontrarían, en general, en «el estado de mayor debilidad que jamás hayan padecido». Según la imagen que de él nos proporciona De Man, Bate asume el papel de un apocalíptico ortodoxo y clama contra la decadencia de la enseñanza literaria, consecuencia, a su entender, de la preponderancia de los estudios teóricos por encima de las perspectivas históricas y humanísticas tradicionales. Del otro lado, complementa De Man, el nerviosismo es semejante; y si los partidarios de la teoría se manifiestan con menos exaltación, «su seguridad parece a menudo depender de esquemas utópicos»⁶ (1986:21).

Vale la pena señalar, antes que los términos exactos de la discusión, la semejanza que guarda el retrato de esa escena polémica de 1982 con la descripción de sus primeras manifestaciones en un texto quince años anterior, «Crisis and Criticism» (1967), primero del volumen *Blindness and Insight*, donde De Man, con una complacencia ciertamente maliciosa, pinta al «desaventurado e impaciente nuevo nuevo crítico (...) en el difícil aprieto de tener que decidir a qué disciplina dedicar su tiempo de lectura»⁷ (1971:4). Su parodia es así mismo un eficaz resumen de la sucesión de modas académicas que marcaron el ritmo de la «modernidad» teórica desde mediados de la década del cincuenta:

Por un tiempo, después de las tesis de Lucien Goldman acerca de la sociología del Jansenismo en el siglo diecisiete, pareció que la sociología llevaba la delantera, y el nombre de Lukács era mencionado en los círculos intelectuales de París con el mismo temor reverencial que solía rodear a las figuras de Kierkegaard y Hegel unos pocos años antes. Pero entonces apareció *Tristes Tropiques* de Lévi-Strauss, y la antropología arrumbó definitivamente a la sociología como preocupación principal para el crítico literario. Apenas hubo éste dominado la difícil terminología de la intersubjetividad tribal cuando la lingüística asomó por el horizonte con una jerga técnica aún más formidable. Y con la influencia en cierto modo subterránea de Jacques Lacan, el psicoanálisis ha hecho su retorno, dando lugar a un renacimiento neo-freudiano que parece bastante adecuado a las preocupaciones de un número de críticos.⁸ (1971:4-5)

Es muy posible que —con el solo añadido de Jacques Derrida—, esta enumeración que elabora el De Man de 1967 siguiera siendo útil en 1982 para puntualizar el listado de las angustias de Bate. Los tres lustros que separan ambos momentos comprenden, sin embargo, lo más significativo de la trayectoria de Paul De Man como crítico internacionalmente reconocido. No es relevante ahora determinar si él mismo acierta o no en su diagnóstico, si la escena pudo efectivamente sostenerse casi inalterada durante quince años; sino interpretar esa coincidencia y esa continuidad como un esfuerzo consciente y expreso por su parte para desplegar su obra teórica en una simultaneidad que no es mera ahistoricidad, sino método. Conviene para ello recordar el desarrollo de la noción de *crisis* que se propone en ese trabajo fundamental, *Criticism and Crisis*, que acabamos de citar. No es

exagerado decir que en él se ofrecen varias claves de lectura para el conjunto de la obra de De Man, aunque por el modo particular que esta tiene de desarrollarse y arborecer, la idea misma de claves de lectura resulte quizás demasiado lineal. Sigamos con el concepto de crisis.

Recuperando el testimonio de Mallarmé, De Man define en ese trabajo el estado de crisis como el impulso hacia el autoescrutinio por el que una actividad cualquiera es llevada a reflexionar sobre sus propios orígenes. Así entendida, esta noción es rápidamente vinculada a la de crítica, ya que, como lo precisa el propio De Man «incluso en su forma más ingenua, la de la evaluación, el acto crítico se ocupa de la conformidad [de la obra] a un origen o una especificidad». «Hablar de crisis de la crítica», dirá luego, «es, hasta cierto punto, redundante»⁹ (1971:8).

La crisis, por lo tanto, así como su expresión pública, la polémica, representan para De Man no un acontecimiento histórico, un episodio fechable con sus hitos y sus hiatos; sino el escenario excluyente en el que la práctica crítica se concibe posible. Es decir —y esto es lo fundamental aquí—, De Man espacializa la metáfora y procura volver sincrónico —convertir en escenario— un acontecimiento cuya narración convencional se despliega —¿cómo si no?— en términos temporales, diacrónicos: los avatares, los giros, las idas y vueltas, de la polémica.

Ciertamente, este procedimiento no es desconocido, y los manuales de retórica al uso le reservan un nombre bastante coqueto: la enálage. Sin embargo, hace falta menos audacia de la que parece para sostener que esta humilde maniobra, esta traslación por la que el contenido de una metáfora se acomoda a otra distinta, es también el procedimiento crítico fundamental en la obra de Paul De Man, la matriz de su descubrimiento teórico. Para entenderlo habrá que advertir, en primer lugar, el modo fundamental con que dicho proceder informa y se enraíza en su misma concepción del lenguaje. Para De Man —lo sabemos bien, no se cansará de insistir en ello— existe siempre una distancia ineludible entre el sentido y el signo:

Es privilegio distintivo del lenguaje el poder esconder el sentido tras un signo engaños, así como nosotros escondemos la ira o el odio detrás de una sonrisa. Pero es la maldición distintiva del lenguaje, tan pronto como se mezcla con cualquier tipo de relación interpersonal, el verse obligado a actuar así. El más simple de los deseos no puede expresarse sin esconderlo detrás de una pantalla de lenguaje que constituye un mundo de intrincadas relaciones intersubjetivas, todas ellas potencialmente inauténticas.¹⁰ (1971:11)

De Man no es original ni pretende serlo en este punto, lo que procura en estos primeros trabajos es, sobre todo, responder a la ambición objetivista de las flamantes «ciencias del hombre», entonces en auge, con un argumentario que da testimonio de su formación fenomenológica.¹¹ Existe un territorio para lo fáctico objetivo, De Man, por el momento, lo admite; pero en cuanto los hechos se consideran desde el punto de vista de una conciencia intencional, desde el momento en que dicho punto de vista ya no puede escamotearse y los hechos y sus relacio-

nes se discuten, «no sólo por sí mismos (como los hechos de la naturaleza) sino por cómo estos existen *para nosotros*»,¹² nuestros juicios caen en una intrincada red de relaciones intersubjetivas y ya no hay modo de fundamentar la diferencia entre lo verdadero y lo falso. Hay que notar, de todos modos, que el germen de relativismo extremo que anida en estos argumentos no interesa demasiado a De Man. Su empeño permanente es el de determinar el estatuto epistemológico de los estudios literarios en un momento en que tal cosa está siendo discutida, precisamente, en el terreno del lenguaje:

La tendencia de la crítica continental, ya derive ésta su lenguaje de la sociología, el psicoanálisis, la etnología, la lingüística o incluso de ciertas formas de la filosofía, puede resumirse rápidamente: representa un ataque metodológicamente motivado contra la noción de que una conciencia literaria o poética sea, en modo alguno, una conciencia privilegiada cuyo uso del lenguaje pueda pretender escapar, en cierto grado, de la duplicidad, la confusión, la falsedad que damos por hechas en el uso cotidiano del lenguaje.¹³ (1971:8-9)

Frente a este panorama, la originalidad de la propuesta demaniana radica, con penetrante simplicidad, en desembarazarse de la trampa de la referencia. Es decir, que en el juego que habilita la distancia siempre abierta entre sentido y signo, la referencia, para De Man, no ocupa ningún lugar, no hay modo de probar la pertinencia ni modo de alcanzar ningún fundamento firme que pruebe su vinculación con el lenguaje. Si la ciencia, discurso acerca del mundo, es referencial por definición; la literatura —que no es, sin embargo, su opuesto; sino su irreducible— deberá buscar sus especificidades en otro territorio. «La expresión inmediata es una imposibilidad filosófica»¹⁴ (1971:9), sostiene De Man, y ésta es una divisa que el crítico está dispuesto a tomar por lo que vale. Es decir, ampliando la idea, que sentido y expresión (equivalente aquí a signo) son dos hechos de naturaleza diferente, heterogéneos; al tratar de acoplarlos se produce un desajuste, una fricción, y es ahí, precisamente, donde nace lo que De Man denomina, entre otras cosas, resistencia.

Admitamos por el momento, para seguir los argumentos de De Man, que el sentido es algo ya dado en su estructura, es decir, que es espacial y desconoce tiempo o desarrollo. Es fácil de ver entonces de qué modo será inaccesible al lenguaje, ya que éste depende precisamente de tales categorías (el tiempo, la sucesión) para poder funcionar. La metáfora ajedrecística, siempre seductora en asuntos lingüísticos, puede tener aquí también algún valor heurístico si entendemos que el sentido es justamente el modo en que el juego se da ya, todo entero, al conocerse sus reglas. Las necesidades empíricas de jugar partidas concretas, o incluso, más sutilmente, de dotar al juego de piezas, tablero, formas y colores, son puras expresiones de la condición humana o, más en concreto, de los límites —si queremos ver el vaso medio vacío— de nuestra capacidad para conocer. Sin caer, como dijimos, en el relativismo extremo, De Man no oculta, a propósito de esto, un cierto pesimismo epistemológico. Como en la metáfora del juego de

ajedrez, lo que debe conocerse, desplegado en su totalidad, nos es inaccesible; su estructura no encaja con la de los medios que tenemos para conocerlo. «El pathos resultante», dirá en *Allegories of Reading*, «es una ansiedad (o bendición, dependiendo del humor del momento o del temperamento individual) de ignorancia, no una ansiedad de referencia»¹⁵ (1979:19). El problema es de orden filosófico, —«a philosophical impossibility» nos había dicho— y De Man insistirá una y otra vez para que su idea de resistencia —o de distancia irreductible entre signo y sentido— no se confunda con los esfuerzos «desmitificadores» que proporcionaron unidad de fondo a las distintas corrientes del pensamiento crítico continental de posguerra según el mismo las enumeraba (existencialismo, sociología, estructuralismo, psicoanálisis). Lo que opera, desde su perspectiva, no es de ningún modo una censura de carácter moral o inconsciente. En todo caso, De Man podría mostrarse más inclinado a considerarla, con el estructuralismo, como un hiato de carácter simbólico; pero disentiría con este movimiento al desconfiar de que dicho hiato pueda ser enteramente vadeable por medio del discurso científico, es decir, literal. Cuando De Man solicita a los estructuralistas que estén atentos a «la estructura temporal del acto de interpretación», se refiere exactamente a esta discrepancia que señalamos.

De este modo, De Man despliega toda una teoría del conocimiento preñada de negatividad en la que la idea misma de «ganancia epistémica» es anulada e incluso satirizada. También así, por este camino, adquiere su dimensión exacta la lógica de «ceguera y visión» con la que el crítico belga trata de sustituir dicha noción de «ganancia». Si el sentido, aquello que hay por conocer, nos resulta inaccesible, significa en primer lugar que su «visión» nos «cegará» debido a la inadecuación de nuestros medios cognitivos, como se satura el ojo sometido a una luz excesiva. Pero no hay que detenerse ahí, pues eso sería paralizarse en la negación; mientras que el sentido, en los términos de De Man, no nos está simplemente negado, sino denegado, es decir, se nos da como «deseo de sentido». Esta dinámica es la que pone en movimiento a la resistencia como una tarea que resulta inagotable y que es, a la vez, la única posible. Tomemos, por ejemplo, la fórmula clásica que De Man usa para definir a la teoría literaria en un momento en que la distancia entre literatura y teoría ha quedado ya completamente abolida: «La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje»¹⁶ (1986:12). Nada en ella puede resumirse con una simple negación. Notemos además que la duplicación del término «lenguaje» apunta muy precisamente a desacreditar el par «lenguaje objeto/metalinguaje» sobre el que se asienta toda posibilidad de una ciencia concebida objetivamente. Ahora bien, nos engañaríamos si creyéramos que lo que propone ahí De Man es un mero ejercicio de repetición, como en eco, de la misma palabra. Entre el equívoco y la paranomasia, la oración encierra un juego retórico no siempre advertido: en cuanto el lenguaje trabaja «sobre» algo —apunta hacia algo—, lo convierte en su contenido intencional, es decir, en potencial de sentido; y eso, como hemos visto, acarrea una serie de consecuencias epistemológicas que hacen que el primer y el segundo término de esta fórmula,

aunque sean homófonos, no puedan ser considerados directamente idénticos. Aclaremos esto: no hay lenguaje objeto, según De Man, porque, sometido a sus propias reglas, el lenguaje no se objetiviza, sino que —de ahí el recurso a la paranomasia— se abisma.¹⁷ A lo que De Man apunta, específicamente, es a la resistencia que se activa en el lenguaje cuando éste se da a sí mismo como contenido y, por lo tanto, cuando dicha resistencia pierde todo carácter concreto y se convierte en una impugnación general a la posibilidad de conocer, sustituyendo el conocimiento por su deseo, por la «ansiedad o la bendición de la ignorancia». El develamiento de esa circunstancia o, más débilmente, su subrayado, es la tarea que el crítico belga reserva a la teoría literaria, es decir, a la literatura misma. Porque, si bien es cierto que el sueño de objetivar completamente un contenido es una utopía peligrosa, eso no significa que el conocimiento, en sí, no sea objetivo. La resistencia, para decirlo un poco brutalmente, es un hecho; y su manifestación, una fatalidad:

No se añade ningún nuevo juego de relaciones a la realidad existente, sino que se develan relaciones que ya estaban ahí (...). Sólo podemos entender lo que, en un sentido, nos ha sido ya dado y conocido, aunque sea de un modo fragmentario, inauténtico, que no puede ser llamado inconsciente.¹⁸ (1971:29–30)

Ese «estar ya allí» es el asiento de la objetividad que interesa a De Man. La palabra «foreknowledge» será clave en sus primeros escritos. Sólo descubrimos lo que, de algún modo, ya sabíamos, y lo descubrimos además en su condición de indecible, iluminados solamente en la ceguera.¹⁹

Podemos ahora volver a la noción de crisis y comprender por qué De Man dice al respecto que «la retórica de la crisis afirma su propia verdad en el modo del error»²⁰ (1971:16), pues no hay otro modo de acercarse a la verdad. Más adelante, en *Allegories of Reading*, el crítico belga precisará la filiación nietzscheana de este pensamiento. A fines de los sesenta, en cambio, lo que más parece importarle es asociar este modo de ser del lenguaje con la literatura y buscará, de hecho, convertirlo en su definición:

La literatura (...) es la única forma del lenguaje que está libre de la falacia de la expresión inmediata. Todos nosotros sabemos eso, pero lo sabemos bajo la apariencia engañosa de una afanosa afirmación de lo contrario. Aun así, la verdad emerge en la presciencia [foreknowledge] que tenemos acerca de la verdadera naturaleza de la literatura cuando nos referimos a ella como *ficción*.²¹ (1971:17)

Esta declaración, frontispicio a toda una obra crítica, puede ser interpretada sin demasiada violencia como el punto de partida de un proyecto de relectura del Romanticismo que De Man desplegará durante el resto de su carrera —aunque en rigor ya había empezado—²² y cuya cristalización editorial será, precisamente, *The Rhetoric of Romanticism* (1983). Con este volumen, y la constelación de textos

afines que le orbitan desde otros libros, De Man se propone releer el romanticismo fuera de la lógica histórico-genética que hace de él un episodio en un ciclo narrativo que debe guiarnos hacia la comprensión de nuestra propia *modernidad*. Espacializando su definición, De Man convierte al Romanticismo en «momento particularmente activo en la historia de la conciencia»²³ (1983:33). Decimos que con ello lo espacializa porque entendemos que la conciencia es en De Man el asiento de esa falla constitutiva que separa el acto de su interpretación y cuya estructura no admite otro despliegue que el del eterno retorno nietzscheano. Al concebirlo de ese modo, De Man no sólo es capaz de desarticular una serie de mitos que la interpretación histórica del movimiento ha cimentado en torno suyo —el del subjetivismo, el del idealismo—, sino que también encuentra la ocasión propicia, la escena crítica adecuada, para mostrar de qué modo el Romanticismo pone en jaque precisamente los presupuestos fundamentales del historicismo: «El poeta y el historiador convergen en ese punto esencial hasta el extremo de que ambos hablan de una acción que los precede, pero que existe para la conciencia solamente gracias a su intervención» (33).²⁴

La demanda de una identidad entre la poesía y la historia será sólo una de las formas que toma la exigencia demaniana de literaturizar las denominadas ciencias del hombre. Es evidente el potencial subversivo que contiene este tipo postulados y deberemos volver a considerarlo más adelante. Sin embargo, mientras se mantenga en el territorio de la literatura tradicionalmente instituida, en el universo de los grandes nombres y de las obras excelentes, seguirá viva aún la tentación de someterse al esquema intuitivo de transmisión textual. La resistencia puede llegar entonces a reificarse y De Man, en uno de sus fragmentos menos convincentes, nos procurará incluso toda una casuística de la interpretación que a estas alturas ha de parecernos cuanto menos ingenua:

Los textos literarios son ellos mismos críticos pero ciegos, y la lectura crítica de los críticos trata de deconstruir la ceguera. En el caso más complicado del autor no cegado (...) el sistema debe ser triádico: la ceguera es transferida del escritor a sus primeros lectores, los discípulos «tradicionales» o comentaristas. Estos primeros lectores ciegos —a los que puede sustituirse, en beneficio de la exposición, por la ficción de un lector ingenuo, aunque es probable que la tradición suministre amplio material— necesitan entonces, a su turno, un lector crítico que revierta la tradición y momentáneamente nos acerque más a la visión original.²⁵ (1971:141)

Lo que a primera vista resulta menos convincente de este fragmento, lo más incongruente con los postulados teóricos que hasta ahora veníamos desgranando, es sin duda el recurso a la narrativización, a la metáfora sucesiva. El fragmento no es falso en un sentido llano, sino que, por el contrario, en un cierto nivel resulta hasta cómodamente persuasivo. Es, por lo tanto, esa comodidad, la que debe ponernos sobre aviso. Su verdad, indiscutible (¿cómo negar que hay autores más ciegos que otros, críticos que los leen con mayor o menor penetración?), es del orden del sentido común y no del orden teórico; y su facilidad (ausencia

de resistencia) es el síntoma de esa naturaleza. Hemos visto hasta ahora que a la dificultad para escribir le correspondía un sentido teórico que poco o nada tiene que ver con la mera esterilidad; este fragmento nos ofrece un buen ejemplo a contrario de como la dificultad en la lectura puede también ser completamente ajena a una vana retórica de lo difícil.

Y será justamente la lectura, no la literatura, el avatar que con mayor rigor y mayor grado de generalidad sabrá encarnar el ideal demaniano de la resistencia. En un texto todavía de *Blindness and Insight*, De Man adelanta:

Antes de cualquier generalización sobre la literatura, los textos literarios deben ser leídos, y la posibilidad de la lectura no puede nunca darse por sentada. Es un acto del entendimiento que no puede ser observado nunca, ni prescrito en modo alguno o verificado.²⁶ (1971:107)

La lectura, entonces, como sinónimo de interpretación, es erigida en significante privilegiado de una actividad cuya existencia es puramente textual, y por lo tanto, improbable como fenómeno —«no puede ser observado nunca, ni prescrito en modo alguno o verificado»— más allá de su pura postulación, estrategia ésta que es a su vez retórica, textual, y que por lo tanto nos devuelve automáticamente a la casilla de salida. Es a la luz de estas consideraciones que un título como *Allegories of Reading* adquiere un sentido fuerte. Porque, ¿cómo, si no es a través de su alegorización, acceder a nombrar la lectura así concebida? Las «escenas de lectura» que analiza De Man —el recuerdo del dormitorio de Marcel es inequívoco— no pueden ser sino eso, alegorías, dispositivos retóricos destinados a acercarnos a un acontecimiento sobre el que sólo podemos exhibir nuestra ceguera. Son, si recuperamos la definición de crisis que De Man ha llevado hasta sus últimas consecuencias, escenarios críticos por antonomasia: allí donde una actividad lleva su autoescrutinio hasta sus propios orígenes.

Definida en este grado de generalidad, la lectura sirve, finalmente, de significante flotante para cualquier actividad interpretativa. A partir de ella se desencadena articuladamente todo un juego imparable de sinonimias: entre resistencia, lectura y literatura, por un lado; entre literatura, crítica e historia, por otro; pero también entre conceptos y términos mucho más regionales, como la ironía en Friedrich Schlegel, la retórica en Nietzsche o el fragmento en Schiller; vueltos equivalentes en el sentido en que apuntan a poner de manifiesto la aporía que gobierna toda interpretación, su momento de vacío indecible. Lo que la lectura, simultáneamente, reclama y ofrece, en fin, es su propia necesidad, implícita en su estructura denegativa. Tensionada entre la sistematicidad del signo y la inescapable incertidumbre de su actualización, para desesperación de Archie Bunker, no devuelve más que la ansiedad o la beatitud de la ignorancia:

Si la crítica de la metafísica está estructurada como una aporía entre el lenguaje performativo y el constativo, esto es lo mismo que decir que está estructurada como una retórica. Y desde ese momento, si uno quiere conservar el término literatura, no debe dudarse en asimilarlo

al de retórica, de lo que se sigue que la deconstrucción de la metafísica, o «filosofía», es una imposibilidad en el preciso sentido en que es «literaria».²⁷ (1979:131)

La cita precedente, conclusión de los trabajos sobre Nietzsche en *Allegories of Reading*, se nos impone como corolario inevitable de toda nuestra exposición. En particular, por el modo lacónico en el que el término literatura y su mismo sentido son sometidos al arbitrio del lector: «si uno quiere conservar el término», nos dice. Parece en fin que, como en tantas otras ocasiones en que la teoría sueña con adueñarse de la escena, la literatura, finalmente, se escapa por el foro. Tanto en *Allegories of Reading* como en *Aesthetic Ideology*, el término literatura se irá enrareciendo progresivamente, volviéndose circunstancial, sustituido por otros que parecen más oportunos o precisos.

Por otro lado, el pesimismo epistemológico que desvelaba el impulso teórico de De Man acentuará su desconfianza institucional. Si nada puede saberse a ciencia cierta, es obligado pensar que tampoco pueda enseñarse, y la educación estética schilleriana será entonces, en el mejor de los casos, una quimera.²⁸ En el peor, claro, será fuente de violencia —la violencia de Bate, por ejemplo—,²⁹ y De Man advierte a sus discípulos que se abstengan de practicar su método a menos que cuenten con una posición lo suficientemente asentada en su medio como para garantizarse un cierto nivel de impunidad.

Bajo tales circunstancias, sin embargo, la pregunta por el estatuto de la literatura no se cancela, sino que se renueva con una urgencia acuciada por la fuerza bruta. Puestos a responder, entonces, podemos aventurar que tal vez el único rasgo estable que el desarrollo teórico demaniano ha preservado en ese sentido siga siendo su oposición a un discurso lógico, literal. Allí donde aparezca esa pretensión, la literatura, convertida en —válganos la paradoja— teoría pragmática, reclamará sus fueros mediante una «lectura retórica», cuyo estatuto epistemológico será, si todo sale bien, improbable. Su mismo nacimiento, como alteridad de la ciencia, no fue distinto³⁰ y, entregada a un destino que es eterno retorno, no puede extrañarnos que la literatura regrese entonces hollando su propio rastro. Al filo, pues, de la lógica negativa a que De Man nos invita, los teóricos literarios pueden muy bien no saber dónde están parados, pero, al mismo tiempo, están convencidos de que el perfil de esa ignorancia lo dibujan muy precisamente aquellos territorios que no quieren pisar. Son, o mejor siguen siendo, la contracara, el negativo, lo negado y por lo tanto lo irreductible de toda esa lógica de axiomas y conceptos primitivos de la que hablábamos al principio; y parece, en fin, que después de todo nuestro periplo no hemos avanzado tanto. De Man, se diría, nos lo confirma en más de una ocasión. Las cosas, sin embargo, tienen otras vueltas.

III.

Tomemos, para que sirva de ejemplo, y en lo posible, para llevarla un poco más lejos, una de las ocasiones más detalladas en las que el crítico belga parece estar haciendo eso: el examen al que somete el concepto de «simple ideas» que

Locke introduce, como pilares epistemológicos básicos, en su *Essay on the Human Understanding*. El trabajo de De Man³¹ exhibe una atención al detalle que le es propia y que estamos muy lejos de poder imitar. Debemos contentarnos con destacar solamente aquellos aspectos más relevantes para nuestra argumentación. La conclusión, sin embargo, quizás esconda alguna sorpresa.

Partiendo de una concepción del lenguaje como depósito arbitrario de signos a los que sólo la convención social vincula con ciertas ideas, Locke se preocupará inicialmente por distinguir, antes que los mecanismos lingüísticos de la significación, la naturaleza de esas ideas que son su base y su meta. Las hallará de tres tipos: simples, sustancias y mixtas. Nos interesaremos por las primeras de ellas, a las que Locke define, según recuerda De Man diciendo que «los nombres de las ideas simples no son susceptibles de definición alguna»³² (1993:37). Es decir, en nuestros propios términos, que las *simple ideas* de Locke no serían otra cosa que conceptos primitivos, nociones autoevidentes. Recurriendo a su mordaz ironía, De Man desarticulará esa pretensión de universalidad desarmando los argumentos que fundamentan los dos ejemplos iniciales de Locke: el movimiento y la luz. Los párrafos que dedica a esa tarea son un ejemplo magistral de lo que puede ser una lectura retórica, y como son conocidos y accesibles recordaremos solamente, aunque con cierta extensión, lo que dice acerca del segundo:

El segundo ejemplo que da Locke de una palabra referida a una idea simple es «luz». Sufre para explicar que la palabra «luz» no refiere a la percepción de la luz y que comprender el proceso causal mediante el cual la luz es producida y percibida no es en absoluto lo mismo que comprender la luz. De hecho, comprender la luz es ser capaz de hacer esa misma distinción entre la causa actual y la idea (experiencia) de una percepción, entre apercepción y percepción. Cuando podemos hacer eso, dice Locke, entonces la idea es aquello que es propiamente la luz, y así llegamos tan cerca como podemos estar del sentido de «luz». Entender la luz como idea es entenderla propiamente. Pero la palabra «idea» (eide), por supuesto, significa ella misma luz, y decir que entender la luz es percibir la idea de luz es decir que comprender es ver la luz de la luz y, que por lo tanto, este entendimiento es luz en sí mismo. La frase «entender la idea de luz» tiene que traducirse como iluminar la luz de la luz [«to light the light of light»] (das Licht des Lichtens lichten) y si esto empieza a sonar como una traducción heideggeriana de los pre-socráticos no es por casualidad.³³ (1993:38)

He aquí, como dijimos, un ejemplo cabal de adonde puede llegar una lectura retórica. «Simple ideas», habrá afirmado De Man un poco antes, «are simpleminded»; y un lector más injusto que el crítico esbozará, quizás, una media sonrisa ante la ingenuidad de Locke. Ahora bien, si los conceptos primitivos, en manos de un intérprete sutil como De Man, pueden ser reducidos a su carácter tautológico, si su función como fundamentos del conocimiento entra así en crisis de un modo irrecuperable, no está tan claro que la paranomasia final (das Licht des Lichtes lichten) nos recuerde únicamente las traducciones de Heidegger. De hecho, hace apenas unos párrafos hemos comentado una variante de esa figura,

el equívoco, a la que De Man recurría con propósitos teóricos. Es lícito entonces preguntarse si los padecimientos que atraviesa De Man para acercarse a una definición de literatura no son en algún punto análogos a los de Locke con sus «simple ideas», o si, aplicando un procedimiento de traducción análogo al que él propone, la fórmula «leer la lectura de una lectura» no podría funcionar como un resumen, probablemente conceptuoso y afectado, pero válido al fin, de todas las variantes nocionales del trabajo crítico esparcidas a lo largo y ancho de su obra. La pregunta nos asalta imprevista: ¿No es posible, invirtiendo los términos, considerar a la literatura, en manos de De Man, como un concepto primitivo? «La única afirmación literal que dice lo que quiere decir es la que sostiene que no hay afirmaciones literales»³⁴, escribirá (1986:133) en «The Rhetoric of Blindness», y ¿quién si no la literatura da voz a esa afirmación? La ambigüedad de esta noción queda así iluminada, ya que como portadora de verdad, la literatura no puede sino estar dentro y fuera del sistema al mismo tiempo, como visión y ceguera simultáneamente. Parece casi innecesario recordar lo que De Man escribía a propósito del número uno en su análisis de las *Réflexions* de Pascal:

Como dice Euclides, el uno no es un número. Es un mero nombre dado a una entidad que no posee las propiedades de un número, una definición nominal de un no-número. Por otro lado, el uno comparte con los números, de acuerdo con el principio de homogeneidad enunciado por el mismo Euclides que decretó que el uno no es un número.³⁵ (1996:58)

Y el uno, lo vimos al comienzo, no es sino el concepto primitivo de la aritmética, la esquiva diferencia de cantidad que echaba a rodar los axiomas de Peano gracias a su humilde y expeditiva función sucesor, $x + 1$. El giro teórico demaniano, podemos concluir, consiste pues en disolver el problema sempiterno de la teoría literaria al considerar que la literatura no debe ser su objeto, no puede serlo, sino que funciona como su concepto primitivo. Los equívocos y paranomasias que alimentan todas las definiciones que De Man ensaya del término, así nos lo confirman; y la pregunta canónica «¿Qué es la literatura?», a pesar de su insistencia en la obra del belga, se vuelve improcedente desde todo punto de vista.

La cuestión que surge naturalmente a continuación será sin duda: ¿cuál es entonces el objeto de la teoría literaria? De un modo sin duda sumario —aprovechando que algo hemos adelantado ya al respecto no nos extenderemos aquí sobre eso—, podemos aventurar la respuesta de De Man: la historia. Pero debemos entenderlo bien, la inversión sigue, y si la inercia académica nos ha acostumbrado a considerar que la historia puede tomar como objeto a la literatura, lo que propone De Man, en cambio, es una teoría de la historia que haga de la literatura su objeto primitivo. Se trata por lo tanto de una teoría acontecimental de la historia, en la que acontecimiento y conocimiento se identifican en un mismo momento: la resistencia. De Man lo ejemplifica cuando, a propósito de la recepción de la *Crítica del Juicio* de Kant, diga que «nada ha sucedido»:

Puede decirse, por ejemplo, que en la recepción de Kant, en el modo en que Kant ha sido leído, desde la tercera crítica —y eso fue un acontecimiento, algo ocurrió ahí— que en la entera recepción de Kant desde entonces hasta ahora, nada ha ocurrido, sólo regresión, no ha ocurrido nada en absoluto. Que es otro modo de decir que no ha habido historia.³⁶ (1996:134)

Una teoría acontecimental que es a la vez una teoría de la historia y una epistemología, he aquí lo que surge del giro demaniano. Lo que ocurre y lo que puede conocerse son lo mismo: la resistencia; y todo intento por narrativizar este orden de cosas fracasará de forma irremediable. Las consecuencias de este giro son enormes, en buena medida puede afirmarse que estamos apenas en sus albores y que la recepción de De Man no ha corrido, por ahora, mejor suerte que la de Kant antes de su lectura. Quizás un modo humilde, mínimo, de ponerla en marcha sea considerar lo que ese giro disuelve sin decirlo, su ceguera. Porque si la teoría demaniana es lo que decimos, entonces lo que no puede sostenerse más que como un espejismo, aún en contra de las insistencias del propio De Man, es la idea de un lenguaje lógico, literal. Aclaremos en qué sentido queremos decir esto recordando, para empezar, aquel axioma escondido que citábamos antes: «La única afirmación literal que dice lo que quiere decir es la que sostiene que no hay afirmaciones literales». De Man penará la violación de este axioma con el olvido. *Damnatio memoriae*, lo que no es resistencia, no sucedió, no se supo, no entra en la categoría de discurso crítico; y ofrecerá ejemplos, como hemos visto, sacados tanto del lenguaje coloquial como del académico, fundamentalmente de las ciencias humanas, para exigir a renglón seguido su literaturización. Sin embargo, la equiparación entre lenguaje cotidiano y lenguaje de la ciencia funcionará como un implícito que exige ser revisado. Al fin y al cabo, si la literatura, como dijimos, pudo nacer y diferenciarse como otro de la ciencia —y De Man no sólo admite eso sino que lo reivindica, no lo olvidemos, frente a las pretensiones, por ejemplo, del estructuralismo—, ¿no hizo lo mismo ésta, es decir la ciencia, con respecto a la lengua de todos los días? ¿No es la ciencia, o quiere serlo, el otro del lenguaje cotidiano? Esa es la raíz de los malestares terminológicos de Saussure, por ejemplo; el origen del sueño quimérico de una lengua sin equívocos que ha codiciado la ciencia desde Leibniz hasta el propio Peano. Haríamos mal, sin embargo, si creyéramos en la literalidad de ese propósito, en lugar de ver, en su insistencia y también en sus reiterados fracasos, el indicio de lo que con De Man podemos denominar un *foreknowledge* acerca de su verdad, de la verdad de la ciencia; al igual que ocurría con la literatura cuando, engañándonos, la denominábamos *ficción*. En otros términos, lo que cabe preguntarse es si el discurso científico simplemente desconoce el axioma demaniano o si éste —«La única afirmación literal etc.»—, por el contrario, no puede ser tomado como una definición general de la noción misma de concepto primitivo; si no será en esa imprevista dirección que podremos avizorar la desarticulación de la oposición literatura/ciencia.

Una muy breve demostración matemática, que no asustará a nadie y entretendrá a todos, servirá para ponernos sobre la pista de una posible respuesta. Dice así:

$$x = 0,999\dots$$

$$10x = 9,999\dots$$

$$10x - x = 9$$

$$9x = 9$$

$$x = 1$$

$$0,999\dots = 1$$

Nadie crea que lo engaña su propia incompetencia. No hay trampa ni cartón y ésta y otras demostraciones análogas, que por lo menos pueden remontarse a 1770,³⁷ divide aún las aguas entre los matemáticos que creen que 0,999... es igual a uno y los que no. De más está decir que la sutileza con la que los profesionales de la matemática se han entregado a considerar cómo, bajo qué condiciones y con qué consecuencias, esa identidad paradójica puede ser sostenida, se nos escapan por completo. Lo único que nos interesa y lo que la vuelve pertinente aquí es que por su intermedio se pone de manifiesto ni más ni menos que el carácter retórico de la escritura numérica. Que 0,999... y 1 puedan coincidir en una igualdad significa que entre la escritura de la cifra y el número hay una brecha, que la cifra no puede ser más que una metáfora del número, cuya literalidad es inconcebible. Podemos ahondar un poco más: asediado por un signo que no puede dar cuenta cabal de él, el sentido del número produce un efecto de refracción —la resistencia— que da entonces lugar a la metonimia, el desplazamiento por contigüidad. Eso y no otra cosa es la igualdad 0,999... = 1, una metonimia.

Parecerá, quizás, que con estas consideraciones hemos sometido nada menos que al lenguaje matemático a una lectura retórica, pero eso es cierto sólo en parte. Dicha lectura estaba ya contenida en la demostración, no era extraña a la matemática ni a sus practicantes. Peano, que hizo pública su aritmética a principios del siglo veinte, no la desconocía, y su función sucesor, $x + 1$, no pretendía olvidar la metáfora, sino explorarla. Quizás ahora estemos en mejores condiciones para comprender por qué la aritmética de Peano pudo ser un acontecimiento para la ciencia y en cambio no ocurrió lo mismo con su *Latine sine flexione* en el terreno de la lingüística. La *damantio memoriae* demaniana no es una cuestión de voluntad, la distancia entre la regresión y la resistencia, ya lo hemos dicho, es un hecho objetivo.

Lo mismo podría decirse, en fin, con un nuevo esfuerzo demostrativo al que no vamos a someter a nadie, de los demás ejemplos que pusimos al comienzo: la química no es un simple olvido de la metáfora de «sustancia»; ni la física, de la de «fuerza», son su exploración. La idea simplificadora de una ciencia equiparable a la lógica ha sido abandonada ya en todas las disciplinas que se reclaman integrantes de sus dominios, incluida la lingüística; el siglo veinte terminó por arrasar con ella en todas partes. Es cierto, sin embargo, que todo esto no ocurrió del mismo modo en el resurgir que experimentó la teoría literaria después de la segunda guerra mundial, y que la ilusión referencial pudo informar el optimismo epistemológico de, por ejemplo, la semiótica hija del estructuralismo; pero eso no da derecho extender esa circunstancia al conjunto de las disciplinas que se proponen científicas. De Man, desde luego, no desconoció ese particular, pero no por ello

dejó de compartir la ingenuidad de la semiótica cuando asumió, con ella, que existe algo así como un lenguaje científico directamente resumible en una lógica y que esta lógica, además, estaría en condiciones de arrogarse poderes referenciales. El fantasma de esa ciencia, sin duda, existió un día; y desde luego sigue aún muy vivo: es su ceguera, podríamos decir, y es además la forma que toma la doxa científica cuando se ocupa de ella el lenguaje cotidiano. Pero justamente por eso, el lenguaje cotidiano es tal y no científico, aun cuando sea escrito por científicos.

Si, con todo, podemos decir que De Man no desconoció esa circunstancia, es porque recurrimos una vez más a su retórica de ceguera y visión para explicarlo y consideramos con ello que ese es el punto ciego de su discurso. Podemos hacerlo así, rigurosamente, porque como hemos tenido ocasión de observar en múltiples ocasiones a lo largo de este trabajo, la penetración con la que el crítico belga conceptúa y teoriza la literatura no se ve enflaquecida por la debilidad de su par opositivo, el lenguaje literal, sino que depende de ella para alcanzar las lejanías a las que efectivamente llega. Haríamos mal, en cambio, si le creyéramos cuando, basándose en esa oposición, De Man propone una distinción neta entre discurso científico y discurso crítico. Es allí donde la resistencia funciona de modo más tajante y De Man llega a sostener lo contrario de lo que proponen sus palabras. No es la diferenciación entre esos dos universos discursivos lo que se desprende de la conversión de la literatura en concepto primitivo sino, como venimos viendo, su fusión: la literaturización de la ciencia es un proceso ya (siempre) en marcha y es rigurosamente indistinguible de su supuesto contrario, la científicación de la literatura. Recordando el epígrafe de Frederich Schlegel —el Schlegel favorito de De Man para sus relecturas del Romanticismo, no lo olvidemos— con el que abrimos este trabajo, diremos que «todo arte debe devenir ciencia y toda ciencia arte».

Lamentablemente, la recepción de De Man, en general, no siempre ha acertado los términos, y lo ha interpretado literalmente allí donde era necesaria una lectura retórica. El resultado es que, según sus propios términos, en la recepción de De Man desde su muerte, no ha ocurrido casi nada; y la prueba de ello es que seguimos sosteniendo únicamente su ceguera, enfrentando a la literatura y a la ciencia, y peleándonos con manuales de lingüística de los años sesenta que ya nadie lee, salvo nosotros. Somos libres de seguir haciéndolo, desde luego, pero ya no en el nombre de Paul De Man, o al menos sólo en nombre de su ceguera, y no de su penetrante visión. La literatura, después de De Man, se ha liberado definitivamente de sus enemigos interiores, aunque ha sido a un precio tan alto —el quiebre de la unidad entre bondad, verdad y belleza, nada menos— que esos mismos enemigos han tomado, por el contrario, la apariencia de titanes.

Notas

¹ Por lo menos, en un aspecto central para nosotros. En ambos casos, es patente, precisamente, cierto malestar en el lenguaje; situación que tuvo su manifestación más evidente en la desazón terminológica que les inspiraban

sus campos. Es muy conocida —la difundió Benveniste (38)— la carta de Saussure a Meillet en la que el ginebrino truena contra «la ineptia absoluta de la terminología ordinaria». Giuseppe Peano, por su parte, respondió a una inquietud semejante, no solo en sus obras de lógica y axiomática, sino desde la lingüística, con la creación del *latino sine flexione*, una lengua que pretendió convertir en estándar de la comunicación científica y en la que llegó escribir algunos de sus trabajos (véase Kenedy:107 y ss.). Volveremos a hablar de ellos al final de este trabajo.

² Para la elaboración de este artículo hemos trabajado con las ediciones norteamericanas de las obras de De Man. Todas las traducciones son nuestras, y su original correspondiente se ofrecerá en nota al pie. He aquí las líneas que acabamos de citar: «I began to read Rousseau seriously in preparation for a historical reflection on Romanticism and found myself unable to progress beyond local difficulties of interpretation. In trying to cope with this, I had to shift from historical definition to the problematics of reading».

³ «I found it difficult to live up, in minimal good faith, to the requirements of this program and could only try to explain, as concisely as possible, why the main theoretical interest of literary theory consists in the impossibility of its definition».

⁴ Si de algún modo puede pensarse que la tarea de definir y la de traducir tienen sus puntos de contacto y están sometidas a una tensión epistemológica comparable, entonces resulta oportuno recordar lo que De Man comenta a propósito del texto de Walter Benjamin «La tarea del Traductor», como colofón de un seminario celebrado en la Universidad de Cornell el mes de marzo de 1983: «Si el texto se llama “Die Aufgabe des Übersetzers”, debemos leer este título más o menos como una tautología: Aufgabe, tarea, puede también referirse al que debe abandonar. Si uno participa en el Tour de Francia y abandona, eso es la Aufgabe: “er hat aufgegeben”, ya no sigue en carrera. En ese sentido es también la derrota, el abandono del traductor. El traductor debe abandonar en relación con la tarea de volver a hallar lo que estaba ahí, en el original» [«If the text is called we have to read this title more or less as a tautology: *Aufgabe*, task, can also mean the one who has to give up. If you enter the Tour

de France and you give up, that is the *Aufgabe* — “er hat aufgegeben”, he doesn’t continue in the race anymore. It is in that sense also the defeat, the giving up, of the translator. The translator has to give up in relation to the task of refinding what was there in the original.]. (1986:80).

⁵ «Good readers often are spare writers and in the present state of literary studies, that is all to the good».

⁶ «their self-assurance often seems to be dependent on Utopian schemes».

⁷ «the hapless and impatient new new critic (...) hard put deciding in which discipline he should invest his reading time».

⁸ «For a while, after Lucien Goldman’s theses on the sociology of Jansenism in the seveneenth century, it seemed as if sociology was in the lead, and the name of Lukacs was being mentioned in Parisian intellectual circles with the same awe that used to surround the figures of Kierkegaard and Hegel a few years earlier. But then Levi-Strauss’ *Tristes tropiques* appeared, and anthropology definitely edged out sociology as the main concern of the literary critic. Hardly had he mastered the difficult terminology of tribal intersubjectivity when linguistics appeared over the horizon with an even more formidable technical jargon. And with the somewhat subterranean influence of Jacques Lacan, psychoanalysis has made a comeback, giving rise to a neo-Freudian rebirth that seems to be quite germane to the concerns of several critics».

⁹ «Even in its most naive form, that of evaluation, the critical act is concerned with conformity to origin or specificity; when we say of art that it is good or bad, we are in fact judging a certain degree of conformity to an original intent called artistic. We imply that bad art is barely art at all; good art, on the contrary, comes close to our preconceived and implicit notion of what art ought to be. For that reason, the notion of crisis and that of criticism are very closely linked, so much so that one could state that all true criticism occurs in the mode of crisis. To speak of a crisis of criticism is then, to some degree, redundant».

¹⁰ «It is the distinctive privilege of language to be able to hide meaning behind a misleading sign, as when we hide rage or hatred behind a smile. But it is the dis-

tinctive curse of all language, as soon as any kind of interpersonal relation is involved, that it is forced to act this way. The simplest of wishes cannot express itself without hiding behind a screen of language that constitutes a world of intricate intersubjective relationships, all of them potentially unauthentic».

¹¹ Así lo aclara en referencia explícita al estructuralismo: «La existencia y naturaleza del sujeto constitutivo, la estructura temporal del acto de interpretación, la necesidad de un modo de totalización distintivamente literario. Podría ser que, en el deseo legítimo de reaccionar contra modos de pensamiento reductivos, los estructuralistas hayan bordeado o sobresimplificado estas cuestiones» [«the existence and the nature of the constitutive subject, the temporal structure of the act of interpretation, the necessity for a distinctively literary mode of totalization. It could be that, in a legitimate desire to react against reductive ways of thought, the structuralists have bypassed or oversimplified some of these questions»] (1971:33).

¹² «not only in themselves (like the events of nature) but as they exist *for us*» (1971:29).

¹³ «The trend in Continental criticism, whether it derives its language from sociology, psychoanalysis, ethnology, linguistics, or even from certain forms of philosophy, can be quickly summarized: it represents a methodologically motivated attack on the notion that a literary or poetic consciousness is in any way a privileged consciousness, whose use of language can pretend to escape, to some degree, from the duplicity, the confusion, the untruth that we take for granted in the everyday use of language».

¹⁴ «Unmediated expression is a philosophical impossibility».

¹⁵ «The resulting pathos is an anxiety (or bliss, depending on one's momentary mood or individual temperament) of ignorance, not an anxiety of reference».

¹⁶ «The resistance to theory is a resistance to the use of language about language».

¹⁷ Se trata, obviamente, de un proceso en dos direcciones, sin instancias originarias o lenguajes primeros. Desde ese punto de vista, la fórmula es reversible (el lenguaje sobre el lenguaje, indistintamente) sin que esta

propiedad afecte al fenómeno de diferencia/diferencial/resistencia que se produce entre ambas instancias.

¹⁸ «No new set of relationships is added to an existing reality, but relationships that were already there are being disclosed (...). We can only understand that which is in a sense already given to us and already known, albeit in a fragmentary, inauthentic way that cannot be called unconscious».

¹⁹ De Man insiste poco después: «Entender algo es darse cuenta de que uno siempre lo supo, pero, al mismo tiempo, enfrentar el misterio de ese conocimiento oculto» [«To understand something is to realize that one had always known it, but, at the same time, to face the mystery of this hidden knowledge»] (1971:32).

²⁰ «The rhetoric of crisis states its own truth in the mode of error».

²¹ «Literature (...) is the only form of language free from the fallacy of unmediated expression. All of us know this, although we know it in the misleading way of a wishful assertion of the opposite. Yet the truth emerges in the foreknowledge we possess of the true nature of literature when we refer to it as *fiction*».

²² En el trabajo «Image and Emblem in Yeats» (1956), al que el propio De Man considera «un análisis retórico del lenguaje figurado *avant la lettre*, anticipando una modalidad que luego se volvería predominante para mí» [«already a rhetorical analysis of figural language *avant la lettre*, anticipating a mode that would later become predominant for me»] (1983:ix).

²³ «particularly more active moment in the history of consciousness».

²⁴ «The poet and the historian converge in this essential point to the extent that they both speak of an action that precedes them but that exists for consciousness only because of their intervention».

²⁵ «[T]he literary texts are themselves critical but blinded, and the critical reading of the critics tries to deconstruct the blindness. (...) In the more complicated case of the non-blinded author (...) the system has to be triadic: the blindness is transferred from the writer to his first readers, the “traditional” disciples or commentators. These blinded first readers—they could be replaced for the sake of exposition, by the fiction of a naive

reader, though the tradition is likely to provide ample material— then need, in turn, a critical reader who reverses the tradition and momentarily takes us closer to the original insight».

²⁶ «Prior to any generalization about literature, literary texts have to be read, and the possibility of reading can never be taken for granted. It is an act of understanding that can never be observed, nor in any way prescribed or verified».

²⁷ «If the critique of metaphysics is structured as an aporia between performative and constative language, this is the same as saying that it is structured as rhetoric. And since, if one wants to conserve the term “literature”, one should not hesitate to assimilate it with rhetoric, then it would follow that the deconstruction of metaphysics, or “philosophy”, is an impossibility to the precise extent that it is “literary”».

²⁸ Son bien conocidas las manifestaciones en este sentido contenidas en *The Resistance to Theory*. No se recuerdan tan a menudo, y quizás por eso convenga citarlas, las críticas a la ilusión pedagógica de la semiótica que se incluyen en el último trabajo de *The Rhetoric of Romanticism*: «La formalización, que hace posible una enseñanza genuina, es inherente al medio lingüístico; por lo tanto es no solamente legítima sino indispensable. Su impacto negativo en la certeza semántica, en el dudoso estatuto de la referencialidad, es igualmente persuasivo. Lo queda como problema es si la función pedagógica puede seguir siendo compatible con el efecto estético. La formalización inevitablemente produce efectos estéticos; por otro lado, de un modo igualmente compulsivo engendra discurso pedagógico. Produce educación, pero ¿puede esa educación seguir siendo llamada estética? Produce un tipo particular de gracia, pero ¿puede enseñarse esa elegancia? ¿Existe algo así como un maestro elegante o, mejor aún, el maestro que alcanza la elegancia, sigue siendo un maestro?» [«The formalization, which makes genuine teaching possible, is inherent in the linguistic medium; therefore it is not only legitimate but absolutely indispensable. Its negative impact on semantic certainty, on the dubious status of referentiality, is equally persuasive. What remains problematic is whether the pedagogical function can remain com-

patible with aesthetic effect. Formalization inevitably produces aesthetic effects; on the other hand, it just as compulsively engenders pedagogical discourse. It produces education, but can this education still be called aesthetic education? It produces a special kind of grace, but can this elegance be taught? Is there such a thing as a graceful teacher or, rather, is a teacher who manages to be graceful still a teacher?»] (De Man 1983:274).

²⁹ «The question to Bate’s mind is not even in need of discussion. For all people of good will and good sense, the matter has long since been settled once and for all. What is left is a matter of law-enforcement rather than a critical debate» (De Man 1986:23).

³⁰ Para poner un ejemplo particularmente remoto en materia de «modernidad» literaria, pueden recordarse las palabras de Jean d’Alembert, en su discurso preliminar al primer tomo de la *Encyclopedie*, cuando éste trata de razonar por qué las bellas letras florecieron antes que la filosofía: «Las bellezas literarias no necesitan ser contempladas largo tiempo para ser sentidas; y como los hombres sienten antes que piensan, por la misma razón deben juzgar antes lo que sienten que lo que piensan» [«Les beautés littéraires n’ont pas besoin d’être vûes long-tems pour être senties ; & comme les hommes sentent avant que de penser, ils doivent par la même raison juger ce qu’ils sentent avant de juger ce qu’ils pensent»] (1751:xxiii). El sistema que propone d’Alembert en su discursos para dividir el mundo de las letras es en realidad triádico, y se reparte entre erudición, filosofía y bellas letras; pero por ello mismo es que esta reducción de tríada a dicotomía, ocurrida, precisamente, cuando el enciclopedista se interroga con relación al origen de la literatura, debe llamar más nuestra atención.

³¹ Nos referimos a «The Epistemology of Metaphor», el trabajo que abre su volumen póstumo *Aesthetic Ideology*.

³² «The names of simple ideas are not capable of any definitions».

³³ «Locke’s second example of a word for a simple idea is “light”. He takes pains to explain that the word “light” does not refer to the perception of light and that to understand the causal process by which light is produced and perceived is not at all the same as to understand light. In fact, to understand light is to be able to make this

very distinction between the actual cause and the idea (or experience) of a perception, between a perception and perception. When we can do this, says Locke, then the idea is that which is properly light, and we come as close as we can come to the proper meaning of “light”. To understand light as idea is to understand light properly. But the word “idea” (eide), of course, itself means light, and to say that to understand light is to perceive the idea of light is to say that understanding is to see the light of light and is therefore itself light. The sentence: to understand the idea of light would then have to be translated as to light the light of light (das Licht des Lichtes lichten), and if this begins to sound like Heidegger’s translations from the Pre-Socratics, it is not by chance».

³⁴ «The only literal statement that says what it means to say is the assertion that there can be no literal statements».

³⁵ «As Euclid said, one is not a number. It is a mere

name given to the entity that does not possess the properties of number, a nominal definition of nonnumber. On the other hand, the one partakes of number, according to the principle of homogeneity enunciated by the same Euclid who decreed the one not to be a number».

³⁶ «One could say, for example, that in the reception of Kant, in the way Kant has been read, since the third Critique —and that was an occurrence, something happened there, something occurred— that in the whole reception of Kant from then until now, nothing has happened, only regression, nothing has happened at all. Which is another way of saying there is no history».

³⁷ Una demostración de la misma identidad, expresando el número decimal como una serie infinita y aplicando el teorema de convergencia de las series geométricas aparece en los *Vollständige Anleitung zur Algebra*, los *Elementos de álgebra* (1770) de Leonhard Euler.

Bibliografía

- BENVENISTE, ÉMILE (1971). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- D’ALEMBERT, JEAN LE ROND (1751). «Discours préliminaire». *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des metiers*. Vol. I. París: Briason, David, Le Breton & Durand, i–xiv.
- DE MAN, PAUL (1971). *Blindness & Insight*. New York: Oxford University Press.
- (1982). *Allegories of Reading*. New Haven: Yale University Press.
- (1983). *The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press.
- (1986). *The Resistance to Theory*. Minneapolis: University of Minnesota.
- (1993). *Aesthetic Ideology*. Minneapolis: University of Minnesota.
- KENNEDY, HUBERT C. (2012). *Peano. Life and Works of Giuseppe Peano*. Boston: D. Reidel Publishing Company.
- MILNER, JEAN-CLAUDE (2003). *El periplo estructural*. Buenos Aires: Amorrortu.